

EL ECO NACIONAL

SUPLEMENTO AL NÚMERO 2.144, CORRESPONDIENTE AL DÍA 15 DE DICIEMBRE DE 1887

DOCUMENTO PARLAMENTARIO

Discurso pronunciado por el Excmo. Sr. Marqués de Sardoal en la sesión del Senado del día 13 de Diciembre de 1887 con motivo del voto particular del Sr. Mena y Zorrilla al dictamen de la comisión de contestación al Mensaje de la Corona.

SEÑORES SENADORES:

Las últimas palabras, ó más bien la última afirmación con que ha terminado su discurso el Sr. Mena y Zorrilla, que tengo el sentimiento de no saber si puedo llamar digno y patriótico remate de su discurso, han de servir de principio al mío, pues debo comenzar por hacerme cargo, por rechazar con toda energía, á reserva de probar lo que afirme, esos conceptos de S. S. que no son exactos; pero aunque lo fueran, un Senador español no tiene derecho para acusar á un partido honrado y que comoate lealmente con sus adversarios, no sólo de que pone en peligro altísimos intereses, sino de que vive de la sávia de la monarquía. Únicamente podrán hacer tales aseveraciones, ó los que estén cegados por una vana presunción, ó los que crean que han perdido la memoria los liberales en el espacio de dos años respecto á la conducta de los conservadores, de aquel partido que, en el período de resistencia que precedió á la muerte de nuestro malogrado Monarca D. Alfonso XII, aseguraba un día y otro día con aparente entusiasmo que el partido liberal, no ya en quien encarnaban estricta y exclusivamente los principios democráticos, sino el que representaba la resultante más templada y conciliadora de los elementos que de diversos campos habían venido á formar el partido liberal dentro de la monarquía restaurada; que el partido liberal, repito, era un grave peligro para las instituciones cuando fueran llamados al Poder sus hombres y con ellos sus ideas.

Pues aquellos que tales cosas y tales afirmaciones propalaban cuando veían en el Trono una fuerza real y efectiva con virtualidad propia, representada por la varonil entereza de D. Alfonso XII, abandonan el Poder cuando esa fuerza falta, y ven con gusto que lleguen á ejercitarlo los hombres que podían traer, según ellos, cortejo de tantas desdichas para la patria. ¿No es verdad, pues, que más que en las propias fuerzas y en la eficacia de sus doctrinas, fiaban en la base, en la palanca, en la verdadera importancia personal de D. Alfonso XII como representante de la institución de la monarquía? No es verdad que por grande que sea la virtualidad del principio monárquico, las ideas no obran por sí solas, las fuerzas necesitan algo en que encarnarse y la encarnación de la fuerza monárquica era seguramente mucho mayor, más fácil y propia estando representada por D. Alfonso XII, que durante aquellos tristes momentos en que el Trono, si legalmente no estaba vacante, lo estaba de hecho por la muerte del Rey y reemplazado por la Regencia. ¿No es exacto que una minoría demandaba más y más los esfuerzos de aquellos que necesitaban de la resistencia para defender el Trono de todos los embates revolucionarios? ¿Puede creerse, en presencia de estos hechos, que el partido liberal vive y está viviendo de la sávia de la monarquía?

Pero señores: si por ventura no se hubiera dicho hasta ahora que nada hay nuevo bajo el sol, es la verdad que, después de haber escuchado el discurso del Sr. Mena y Zorrilla, esta afirmación podría hacerse; por que todos los que le habéis oído, todos los que tengáis memoria para recordar lo que en otras distintas ocasiones ha dicho el partido de S. S., todos habréis creído, más que oír una cosa nueva, recordar algo antiguo de lo que tantas veces se ha repetido. El discurso del Sr. Mena y Zorrilla, en el orden político, en el orden económico, en las vaguedades en que, bajo otros aspectos, se ha envuelto, no es sino una reproducción de todo aquello que el partido conservador, encarnado en una elocuencia que todos reconocemos, había dicho ya hace algunos años, y por cierto con más reservas que el Sr. Mena y Zorrilla; todos aquellos lugares comunes (permítame la frase el señor Mena y Zorrilla; no tanto de ofenderle), todos aquellos pormenores, todas aquellas afirmaciones que por lo mismo que nada concretan, á nada comprometen, todos estos temores representados siempre por las lamentaciones del partido conservador, se han encarnado y se han manifestado en las palabras del Sr. Mena y Zorrilla.

Distintos aspectos ha abrazado su discurso; pero el partido conservador, que es un partido que trabaja, profesa el principio de la división del trabajo, y por eso el Sr. Mena y Zorrilla, encargado de abrazar en una síntesis general, como corresponde en estas discusiones, las ideas principales que tienden á oponer una política á otra política, un programa á otro programa, ha preferido tomar dos puntos del mensaje, dos puntos de discusión, encargando á alguno de sus no menos laboriosos compañeros, tratar de otros, ha descendido (si es que por ventura puede descender el señor Mena y Zorrilla, siempre tan elevado en el orden del debate) á ciertos asuntos sobre los cuales, en mi opinión, no debía haber insistido tanto. Pero al fin y al cabo, la libertad de la tribuna es absoluta, y yo no puedo negar al Sr. Mena y Zorrilla el derecho de haberse ocupado de determinados pormenores acerca del aspecto internacional de nuestras relaciones con los demás países; ó sea, de la política exterior del Gobierno. Pero si en el fondo no tengo por qué censurarle, permítame S. S. le advierta que tales asuntos, en la discusión del mensaje, más que al menudo y minuciosamente, deben tratarse en conjunto y en líneas generales.

Precisamente las cuestiones de carácter internacional son de aquellas que parecen constituyen una verdadera excepción que, si no limitan, moderan algún tanto la iniciativa parlamentaria. Los asuntos de carácter internacional, por su índole propia, no parece que pueden ni deban ser discutidos así á la ligera, sino en el momento oportuno, cuando se recusan todos los antecedentes que constituyen verdaderos elementos de juicio para buscar una resultante, que podrá ser distinta, según las opiniones de cada uno, pero que siempre ha de ser patriótica é inspirada en el sentimiento del interés público.

Como hemos de proceder por comparaciones, pregunto yo: ¿es el partido conservador el que tiene autoridad para censurar la política exterior del partido liberal? Como el Sr. Ministro de Estado ha de contestar, y espero yo que victoriosamente, á las observaciones del Sr. Mena y Zorrilla, eso me impide entrar en este asunto; pero considerando la cuestión bajo su aspecto económico, con relación á aquello que da la medida de cuál es la situación de un país con relación á los demás, según los tiempos, yo tengo que decir que aquellos que colocaron á nuestra Nación en las tristes circunstancias en que se encontraba el 4 de Septiembre, no son ciertamente los que tienen más derecho para censurar la política exterior del Gobierno ni para hablar acerca de la conveniencia ó inconveniencia de establecer comparaciones. Como, los que para disimular ó para atenuar tal vez una impremeditada contestación de un Ministro firman un protocolo que se llama de Joló, en el cual voluntaria y definitivamente renuncian á una soberanía en aquellos mares, que en la pregunta que se nos dirigía implícitamente está reconocida una soberanía en la costa Norte de Borneo, ¿no tienen la previsión de pensar que cuando voluntariamente ceden y se dejan mermar los confines de nuestro territorio por el Occidente, corren el riesgo, como después sucedió, de que también por el Oriente se nos disputen y venga Alemania á tomar posesión de la isla de Yap?

Al frente de esta situación, ¿no es ciertamente más halagüeña aquella en que se encuentra hoy el Gobierno de S. M. solicitado por una Nación independiente, que le busca como mediador, sin duda porque le cree con fuerza bastante para hacer efectiva la resolución á que aspira como garantía de sus intereses; solicitado, digo, por el Sultán de Marruecos, que coincidiendo con los intereses de la Nación española, aspira á que aquel territorio, hasta ahora por nadie disputado, pero deseado por tantos, adquiera definitivamente la condición de Estado independiente y forme en el lugar que le corresponde en el concierto de las naciones? No es de gran interés para nosotros que no pretendamos andar en aventuras ni en conquistas de territorios; que si no somos bastante ricos, no somos tampoco pobres para

ir forzosamente á buscar mercados, que en otro tiempo se encontraban con arreglo á las condiciones y á los principios en que se fundaba el sistema de colonización, y hoy sólo por medio de la guerra pueden sostenerse; no es, repito, de gran interés para nosotros buscar una neutralidad en el Mediterráneo, sin entrar, si por ventura se nos oprimiera, en el reparto que algunos pudieran intentar. Porque después de todo si Marruecos es una parte de la tierra africana disputada por todas las naciones, nosotros debemos tener conciencia de nuestra situación y de nuestras fuerzas, y como iríamos acompañados con otros á este reparto, resultaría que teníamos delante al enemigo y la participación que en dicho reparto nos tocara, poco nos había de durar; que al fin y al cabo, unas fuerzas preponderarían sobre otras, la nuestra sería excluida y tendríamos enemigos, no ya en nuestras tierras, sino á las puertas del Estrecho, enfrente de nuestras costas.

Pues bien; esto que afecta de una manera más directa á los intereses del Imperio marroquí; esto que interesa bajo el aspecto religioso á las creencias de los mahometanos, y que nos veda, por consiguiente, tratar de llevar allí luz de ninguna especie, ni hacer actos que puedan ofender á las creencias religiosas de aquel pueblo, eso nos importa del mismo modo á nosotros, porque no pudiendo cumplir el testamento de los Reyes Católicos, no estamos tampoco en el caso de ser herederos fideicomisarios que por torpeza ó negligencia vayamos á dar la inmensa posesión de esos territorios á otras naciones que lo desean, aunque no, ciertamente, en provecho de la Nación española.

Es verdad que eso estaba ya entablado; es verdad que en parte ese principio se reconoció en las conclusiones de la conferencia de 1880; pero hoy se confirma nuevamente. De modo que si entonces los partidos concurren al feliz éxito de aquellas negociaciones y no levantaron censuras, había que esperar del patriotismo de nuestros adversarios que hoy acogieran con júbilo y recibirán con satisfacción la noticia de que España es considerada por alguien con medios bastantes para intervenir en asuntos de carácter tan importante en las relaciones internacionales.

Por esto decía antes que no está bien que digáis que vivimos de la sávia de la monarquía. El partido liberal, y sobre todo el Gobierno, se encuentra en una situación especial, y no ante la opinión pública, en nombre de la cual no puede hablarse, por lo mismo que á ella nadie taxativamente encarga sus poderes más que á los elegidos del sufragio. Hay, señores, verdaderas impaciencias, por mas que sean tardías y hayan sido advertidas fuera de razón, y estas impaciencias significan y envuelven una censura por lo que no se ha hecho en el espacio de dos años. Otras actitudes responden á recelos, á desconfianzas y á la creencia de que el programa del partido liberal hasta ahora no se ha cumplido, que no ha de cumplirse y que como los hombres no representan su propia personalidad en el Poder, aun dentro de este naturalismo que informa nuestra política, y de la cual parecía hacerse eco el Sr. Mena y Zorrilla, dan á entender que hay aquí algo que significa que el provecho propio ha reemplazado al sacrificio en aras de las ideas. Todavía los hombres no llegan solos al Poder, no llegan por su nombre, sino que le alcanzan con un contingente mayor ó menor (reducido al límite que queráis), con una representación de las ideas que en todos los órdenes de la política profesan. En esto se fundan los unos al solicitar con gran urgencia que las reformas se realicen; en esto se apoyan los otros para achacarnos de negligencia porque las reformas no han sido ya realizadas. Pues bien; ¿no sabéis por qué no se han hecho ya las reformas? No se han realizado porque no debían realizarse. Nosotros los liberales hemos progresado mucho, y los conservadores, si no han entrado en el período de la decadencia, cerca están, porque precede siempre á la decadencia la inmovilidad y la quietud. El partido liberal tenía más en cuenta los principios que profesaba que los procedi-

mientos de gobierno. No es esta culpa que debe achacarse, porque al fin y al cabo la política es un arte, y el arte necesita la práctica, y el partido liberal, sistemáticamente, había estado aquí excluido del Poder. En cambio el partido conservador era más ejecutor; yo no sé si en el fondo, y para seguir la imagen, era más artista, pero gobernaba. ¿Qué faltaba al partido conservador para ser un verdadero partido de gobierno y un partido moderno? ¿Qué le faltaba al partido liberal para ser un partido moderno y un partido de gobierno? Le faltaba al partido conservador esa sávia de los principios, de la cual tan arbitrariamente prescindía el Sr. Mena y Zorrilla. Le convenía al partido conservador elevarse un poco más y no olvidar los principios en el orden moral que informa todas las acciones en la realidad de la vida, de que estaba un poco olvidado por el uso constante del Poder que tanto reduce á peso y á medida todas las cosas y que cual las delicias de Capua, hacían que volviendo los ojos al interior de las que disfrutaba, entendía que no podía haber desgracias enfrente de las satisfacciones que cada individuo sentía.

Faltaba al partido liberal esa práctica del Poder, ese sentido de gobierno, esa elección de la oportunidad para realizar los principios y encarnarlos en leyes positivas, porque ciertamente se necesita tener en cuenta, por ser problema verdaderamente complejo, una porción de datos que han andado sueltos y dispersos y que acaso no puedan reducirse á letra escrita en una especie de lista, pero que se van presentando según las circunstancias de la vida y según las necesidades del momento, y que cuando se saben apreciar constituyen el verdadero arte de gobernar, y verdadera ignorancia cuando se dejan pasar inadvertidas. Ya el partido conservador ha perdido todo esto y, lo prueba (si como no dudo, lo dicho por el Sr. Mena y Zorrilla es la expresión de las opiniones de su partido) ese sentido moral que eleva el espíritu, que informa las resoluciones en la vida, porque su discurso no ha sido ni siquiera la reproducción de aquellos discursos en los cuales al fin y al cabo latía el sentido liberal encarnado en la elocuencia del ilustre jefe del partido conservador en los tiempos primeros de la Restauración y que respondían á aquel manifiesto de Santhurs que no significaba la vuelta á lo pasado, sino el eslabón que debía unir al pasado con lo presente y con lo porvenir; y en cambio el partido liberal ha adquirido el arte del gobierno, ha sabido apreciar las circunstancias y ha preferido que las reformas se hagan en un momento oportuno, de una manera conveniente para que no sean flor de un día que satisfacen las aspiraciones de unos cuantos, y que, rodeadas de un prestigio de verdadero relumbrón para los gobiernos, no tienen en lo porvenir la necesaria fuerza y el suficiente vigor para vivir si no están asentadas sobre bases sólidas. El partido liberal no ha formulado sus principios por los distintos elementos que á su formación habían de concurrir; á su constitución había precedido un pensamiento único, un pensamiento exclusivo, y así se formaba de los hombres y de las ideas que procedían del antiguo partido conservador; algunos de los cuales guardaron una actitud de tranquilo patriotismo ante la Revolución, pero que aquí ni siquiera participaron de sus ventajas, ni eran responsables de sus culpas, ni aspiraban tampoco á sus glorias, y por otra parte de aquel partido que vino á regenerar con nuevos principios y á dar nueva sávia á la política española, el partido democrático. Se habían unido, no sé si con cierto apresuramiento, pero si oportunamente en presencia de la política de los últimos tiempos del partido conservador; pero esta unión, bajo el concepto de la buena fe y sólo con este elemento y el buen deseo y patriotismo, hubiera bastado para gobernar desde el día siguiente y realizar al poco tiempo las ofertas contenidas en la fórmula formada por los Sres. Alonso Martínez y Montero Ríos? No. Necesitaba lo que necesitan todos los elementos que, siendo cuerpos propios, vienen á reunirse y formar uno solo de distintos que eran antes. Es preciso reconocer que á la muerte del Rey D. Alfonso XII el

partido liberal estaba constituido, pero formaba, por decirlo así, un conjunto de distintos elementos ligados por algo fuerte seguramente, mas no lo bastante; el partido liberal formaba entonces un conglomerado, y era necesario que el tiempo pasara en la política, como pasa en la vida geológica, para que esta conglomeración pudiera convertirse en una homogénea roca.

Era necesario el trato constante, la comunicación de las ideas, los recelos, las desconfianzas, datos con que hay que contar en la naturaleza humana; era necesario para resolver todas estas dificultades una comunicación de ideas que dieran por resultado en la opinión pública la afirmación, no ya en el orden sólo de los principios, sino en la aplicación de los partidos, un común sentir y una unidad de acción. ¿Qué más habíais querido, señores conservadores, que al día siguiente de abrirse las primeras Cortes de la Regencia se hubiera presentado aquí el partido liberal en esa confusa ebullición que precede a la génesis de algunos cuerpos? y aquellos recelos, y aquellas desconfianzas que pudieron existir y que yano existen, aquellas distintas apreciaciones de las cosas, fundadas unas veces en el convencimiento, en el culto de las ideas, en el amor del pasado, y otras veces, ¿por qué no decirlo? en el amor propio, hubieran surgido aquí, y que aquellos que venían del campo de la democracia hubieran solicitado reformas tales, que no hubieran podido aceptarlas los que venían del campo de la derecha.

Pues bien señores: han pasado dos años; todas estas diferencias han desaparecido, y ya hoy el partido liberal, que el Gobierno presidido por el Sr. Sagasta representa, no es conjunto de hombres que vienen inspirándose en provecho propio, según entendía el Sr. Mena que se formaban las agrupaciones políticas en nuestra patria, sino una verdadera entidad animada de un solo deseo, compuesta de hombres que profesan un mismo credo, unidos en la adversidad como en la fortuna, y que no temen que las malas artes, ni la cizaña que el partido conservador ni cualquier otro pueda sembrar en su campo, siquiera se lleve algún que otro fruto más ó menos lozano, lleguen a producir resultados que importen poco ni mucho al partido liberal. Yo, señores, no soy de aquellos, y repito el refrán ó proverbio que mi particular amigo el señor Bosch reproducía en su voto particular, «el mal ajeno, no disminuye el propio»; no soy de aquellos que fundan ni en los seres individuales, ni en los seres colectivos, el provecho en los perjuicios que se originan. Las matemáticas nos enseñan que cuando de cantidades iguales se restan cantidades iguales, la diferencia es la misma, la idea de relación es igual, y yo, señores, prefiero, como creo que el partido liberal prefiere, tener enfrente un adversario digno de él. No temáis, señores senadores, que ninguno de nosotros venga aquí a hacer veces ni oficio de palomo zorito, porque entendemos que no ganamos nada con aquello que os podamos quitar, como no entendemos que ganéis nada con aquello que nos quitéis: no muere el árbol porque caiga la rama extrema á donde no ha llegado la savia vivificadora del tronco; ella cae, y salen retoños lozanos que en la primavera próxima hacen aparecer el árbol más robusto y más frondoso.

Yo creo, señores, que no falta á la obligación que tengo, ni dejo en modo alguno en defensa la tesis que aquí estoy manteniendo, ni desempeño peor la misión que me han encargado mis dignos compañeros de Comisión, ni me limito más que á discutir, á consignar las razones por las cuales no discuto uno de los más tenebrosos temas, uno de los más lúgubres agüeros que nos ha hecho en esta tarde el Sr. Mena y Zorrilla.

Parece como que el partido conservador ha decidido cristalizarse en la forma de monolito ó pirámide de Cheops. Nada ha pasado aquí desde hace seis años; el partido conservador entiende que la monarquía, como cualquiera otra forma de gobierno, no son la encarnación en el ejercicio del poder supremo de aquello que más conviene á los intereses públicos. No os alarméis por esto que yo digo, ni vayáis, como vulgarmente se dice, á sacar punta al argumento; esto, antes que yo, lo han dicho todos los políticos españoles del siglo XVII; esto lo ha dicho Saavedra Fajardo; esto lo ha dicho el Padre Sánchez; esto lo han dicho todos.

Ahora bien; en el orden de las ideas, yo no me explico cómo podéis negar, no ya la facultad de pensar, que esa es íntima y no puede negarse, sino también el derecho de manifestar el pensamiento en todas aquellas cosas que interesan al común de los ciudadanos, por cualquiera que tenga las consideraciones de tal, ya por medio de la palabra hablada, ya por medio de la palabra escrita, entiendo yo que bien pueden estar dentro de la monarquía esos que llamabais partidos ilegales, y que están representados, ó por aquellos que, sin aceptar la forma de gobierno, aceptan todas las manifestaciones del partido liberal dentro de esta forma de gobierno, y por otros que, no aceptando la forma de gobierno, ó lo que es peor, aceptándola, pero no á las personas que la representan, no admiten en modo alguno ninguna de las resoluciones de los partidos representativos. Y después de todo, si vosotros un día habéis entendido que para atraer lastre y savia conservadora os

hacía falta acudir á aquellas honradas masas carlistas, y al alférez de esta idea le habéis dado una participación en el poder, ¿por qué nosotros no hemos de contar también, si preciso es para realizar principios que en nada se oponen á los fines de la monarquía, con esas honradas masas republicanas que no nos amenazan con una guerra civil en el Norte, sino que sinceramente y sin aspirar al poder están á nuestro lado, porque prefieren lo que creen intereses de la patria en estos instantes, á la realización de sus ideales bajo el aspecto subalterno de la forma de gobierno?

Yo sabía de antemano que vosotros sois muy previsores: tenéis pensados todos los casos y preparados todos los efectos. Yo sé muy bien que vosotros entendéis unas veces que es necesario hacer solidarios los intereses de los partidos con los intereses del poder, y esta es la verdad; pero tan pronto como esta tesis deja de aprovecharos, entonces ya entendéis, unas veces que, gracias á vosotros, viven las altas instituciones, y otras veces, cuando os dirigís al partido liberal, hacéis la afirmación de que gracias á la alta institución y á la persona que la simboliza, vive la patria, que hubiera caído en las mayores desdichas entregada sólo á la iniciativa del partido que gobierna. Este procedimiento podrá ser muy conveniente, pero está preparado, está ya convenido, es como esos apartes necesarios en las obras dramáticas de que todo el público se entera; y yo sabía que esta afirmación mía había no sé si de causar, pero sí de aparentar causar escándalo en vuestro escrupuloso monarquismo. Y es, señores, que del mismo modo que ningún buen católico puede negar la eficacia de la gracia, ningún monárquico puede negar la eficacia y la virtualidad de la monarquía constitucional, tanto en el orden político como en el orden histórico, en el orden social y bajo todos sus aspectos; pero del mismo modo que la eficacia de la gracia divina no obra por sí sola, porque al lado de esta eficacia está el libre albedrío, y no basta la virtualidad de esa gracia para que el católico la reciba, si no tiene la predisposición y el espíritu dispuesto á recibirla, lo cual no niega la bondad ni la omnipotencia divina, ni niega la gracia, á la monarquía le pasa igual, la monarquía tiene una virtualidad propia, y que por ser humana, es algo menos que la virtualidad divina de la gracia, pero tiene además la necesidad de una coexistencia con otros elementos, pues por sí sola la virtualidad de la monarquía es escasa, insuficiente, ineficaz, si por ventura la regia prerrogativa no se encarna, según los tiempos y las circunstancias, en aquellos hombres que practiquen las ideas más adecuadas para realizar el bien de la patria.

Ya véis, señores senadores, cómo por una parte no se deja de ser católico, ni por otra parte se deja de ser monárquico, y que bien puede reconocerse á la monarquía toda la virtualidad que tiene en estos momentos, no por lisonja, ni porque de hecho exista, sino porque es innegable, porque es una verdad á nuestros ojos y á los del mundo entero, porque la virtualidad propia de nuestra augusta reina regente; cómo se puede, digo, conceder á cada uno aquello que le corresponda, y no entiendo que se amengüe en poco ni en mucho el prestigio de la monarquía y mucho menos el de la augusta persona que hoy la ocupa y rige, porque se haga al Gobierno la justicia de reconocer que en alguna medida ha de deberse á él esta época de paz y prosperidad por que hemos pasado. Esta, señores, es la verdadera doctrina constitucional y es necesario que hayamos entrado aquí en un período de decadencia, porque yo no recuerdo que en aquellos tiempos en que los hombres ilustres del antiguo partido moderado ocupaban la tribuna, no recuerdo que hubiesen abierto este pugilato de monarquismo para que busquemos un amparo, y de aquí que quienes parecen necesitarlo, de ahí quienes viven de la savia de la monarquía, sean aquellos que á todas horas la invocan, pero nosotros no necesitamos hacer esos alardes que hacéis vosotros.

Señores, sería verdaderamente descorseta de mi parte, y no es que la haya habido de parte del señor Mena y Zorrilla, que yo como liberal he aprendido todo aquello que el partido liberal necesita saber, respecto de la conducta, no empezara por tener calma, y conceder siempre, en este margen de la prudencia, mucho á mis adversarios cuando no ocupan el poder, y muy poco cuando sus amigos gobiernan. Pero permítame el Senado que yo me haya sorprendido, como os habrá sorprendido á todos vosotros, esta ya usada afirmación de las oposiciones, que para alguien que de lejos observara nuestros debates, pensaría que aquí se representaba una pieza dramática, en la cual los papeles se cambian conforme mudaban los actores. No, señores, quien venga de extrañas tierras; ó más bien, quien caiga de la luna (permítidme lo familiar de la frase), ese, solo ese, puede hablar de ciertas cosas de que se ha ocupado el señor Mena y Zorrilla; pero los que pertenecen á ese partido que ha gobernado la mayor parte del tiempo en que ha habido en España régimen representativo, ¿no saben que la administración provincial y municipal, que sus deficiencias, y los caciquismos, que ni siquiera reconocían como base y causa la política moderada, son de antiguo abolengo en nuestra patria, y con-

tra todas sus manifestaciones clamaban ya nuestros políticos del siglo XVIII. Jovellanos, el conde de Aranda y Floridablanca, y vienen á hablar aquí de esto, como si todos estos males, todos estos vicios contra los cuales nos quejamos, y que nosotros reconocemos como reales desgraciadamente, en la vida de la nación española, hubieran surgido como comedia de magia, llevados por un genio maléfico en odio al partido liberal, de dos años á esta parte.

¿Voy á ocuparme en contestar á estas afirmaciones del caciquismo, á esta incorrección (no lo llamaré inmoralidad, que de todo tiene), de la administración provincial y municipal? En primer lugar, ¿afirma su señoría que no ha existido (si por ventura existe) antes de ahora? Además, ¿no os ha dado S. S. los medios eficaces para corregirlo? Permittedme, señores, que sobre este asunto no entienda haber dejado de contestar al Sr. Mena y Zorrilla, por haber pronunciado acerca de él un corto número de palabras.

Verdad es que todo esto es muy peligroso; el jurado es peligrosísimo, la formación del Código civil, que ya en el siglo pasado reclamaban nuestros jurisconsultos, todo es peligroso; la libertad de imprenta gravísima. No lo diréis; señores, por lo poco que de ella se aprovechan vuestros periódicos que debieran dar un ejemplo de no pecar y de no compartir con este maldito partido liberal las responsabilidades de las consecuencias de comer la mitad de la fruta prohibida.

Pero hay otro gran fantasma en el porvenir, señores, en el sufragio universal. No venimos en este momento á discutir el sufragio universal. Pero si queréis, que yo os lo digo, no los confundáis en los términos. El sufragio universal es el sufragio universal. La plenitud del sufragio es eso; porque si no fuera eso sería un secreto que pronto había de averiguarse. Y ahora, que una vez el principio reconocido se deba regular en su ejercicio por medio de leyes, es cosa indudable. ¿Cuáles serán esas leyes y cuál será ese procedimiento?

En esta medida habremos de discutir, y la resultante será la opinión de la mayoría en este cuerpo. Pero he aquí otro de los conceptos que en nuestras discusiones parlamentarias tienen el privilegio de asustar á las gentes. El sufragio, señores, es algo más que una fórmula; es claro que es fórmula, pero que responde á algo: es la fórmula en la cual se encarna la representación pública en el gobierno representativo, como son todos los gobiernos liberales modernos, diferencian los de aquellos de la antigua historia en que la representación no se ejercía por mediadores, sino directamente en la plaza pública. Pues bien, dentro del régimen representativo es necesario que la opinión pública se manifieste de algún modo, sea simbólico, y que se entiendan conferidos los poderes á apoderados dignos. ¿Cuáles han de ser? Que esta representación, que la fórmula de esta representación es por todo extremo difícil, nadie lo oculta. Conocidos son de todos los distintos sistemas y trabajos de todos los publicistas modernos para llegar á una educada representación de la opinión pública. En medio y en presencia de tan difícil problema, difícil es también fijar de una manera científica en el orden especulativo la verdadera fórmula. Pero antes de ahora se ha entendido que eran sólo los intereses materiales, la propiedad, los que debían tener toda la representación de las fuerzas políticas y sociales del país.

Otras veces se ha dado más importancia á otros elementos. Pues bien, ahora os digo yo: si vosotros pensarais como pensaba el antiguo partido moderado, como pensaban los gobiernos de la monarquía de Luis Felipe, de la monarquía orleanista; si os convirtierais por esto en verdaderos fisiócratas, atribuyendo únicamente importancia y representación á la propiedad, todavía tendríais razón sosteniendo el censo de 20 duros y oponiéndolos al de 10; pero después de haber renunciado al censo de 400 reales y al de 200, habiendo ampliado el ejercicio del derecho de sufragio á la cantidad exigida que hoy se paga, realmente el sufragio universal existe hoy. Por eso y por ser pocos los excluidos, negando el principio no negáis las consecuencias; y no comprendéis, señores, que en este momento en nuestra patria ni importa ni asusta á nadie la intervención de unos cuantos más, cuyas fuerzas están modificadas en las resultantes del voto emitido por una porción de energías que existen en la realidad de la vida y que determinan la acción y la voluntad de aquellos que sigan las inspiraciones del patriotismo?

Señores, creo haber demostrado (pues no me precio de haberlo hecho), ó por lo menos creo haber llevado á vuestro ánimo y haber fijado vuestra atención en datos bastantes y elementos de juicio suficientes para que entendáis que si no lo he conseguido, ha sido mi deseo refutar las opiniones del Sr. Mena y Zorrilla y del partido conservador.

Y paso á ocuparme de otro asunto, que es la cuestión agrícola. Sobre este particular, poco ha dicho el Sr. Mena y Zorrilla; pero nos ha traído una fórmula, que es la protección; mas la protección no es fórmula exclusiva del partido conservador es fórmula de todos, á no ser que entienda (que yo creo que lo entiende el partido conser-

vador) que la única manera de proteger el trabajo nacional, significa una reforma arancelaria que eleva una barrera que nos aísle del resto de las naciones cultas. Para S. S. y para sus amigos, la fórmula consiste en que el trigo que se vende, se venda caro, aunque sea poco; y para nosotros la fórmula de la protección consiste en que se produzca mucho y se venda barato.

Es decir, que el círculo dentro del cual va entrando lentamente en el progreso de los tiempos aquello que aspira legítimamente al mejoramiento de sus condiciones, que se vaya ensanchando sin cesar, y vosotros queréis sustituir á esto una especie de oligarquía, que recogiendo todos los esfuerzos, prefiriendo los placeres, el bullicio y regocijo de una orgia, y el chocar de las copas que en todas partes se escuchan, á los lamentos de todos aquellos que no se oyen, porque á veces es tal el decaimiento, el rebajamiento, no ya en el orden material, sino en el moral, que el hambre produce, que ni siquiera queda fuerza para lamentarse á aquel que sufre tan hondas necesidades. ¡Peregrinas afirmaciones! Si nos encontramos en 1868, en presencia de lo desconocido, de lo más ó menos racional, de lo que la previsión pública pudiera defender, entonces yo admitiría el terreno en que ha planteado la cuestión el Sr. Mena y Zorrilla; pero es que los hechos hablan, que las cifras son verdad, y que aquello que por temor al porvenir se podía tener en cuenta antes de hacer la reforma arancelaria de 1869, no puede, ni debe realizarse cuando hoy se demuestran fácilmente que esa reforma ha producido verdaderos beneficios para el trabajo nacional y la producción.

Señores, hasta recordar las cifras del presupuesto: seiscientos y tantos millones, malamente recaudados, significaban el presupuesto anterior á 1868; han pasado algunos años, hemos sufrido todas las consecuencias, todas las relajaciones de los vínculos de la disciplina que necesariamente suceden á cualquier trastorno en el orden social y en el orden público, las consecuencias necesarias de la revolución; descontad por esto la esterilización de una porción de fuerzas perdidas por consecuencias de una guerra civil en las provincias del Norte; añadid la suma de trabajo invertido y representado por la vida de los ciudadanos muertos en el campo de batalla, por los armamentos de guerra, por la pólvora empleada para herir á nuestros hermanos; añadid á esto la guerra de Cuba; sumad todo; si al cabo de tanto tiempo nos encontramos con un presupuesto que pasa de 800 millones de pesetas y este presupuesto no se recauda ciertamente con más trabajo y más angustias que se recaudaban los presupuestos anteriores á 1878, ¿no es verdad que será preciso cerrar los ojos á la evidencia y renunciar hasta el derecho de ser escuchado cuando se habla, porque se ofende al adversario, ó reconocer que la riqueza pública y la fuerza contributiva han aumentado en la proporción de 4 á 3, es decir en un 33 por 100? (Rumores.)

Ya sé yo que la cuarta parte es el 20 por 100, pero aquí no se trata de la cuarta parte de la suma, sino de una cantidad que con relación á la cantidad producida, es de 33 por 100, porque si antes produciáramos 600 millones de pesetas, y hoy 800, es verdad que 200 es la cuarta parte, ó sea el 25 por 100 de 800, pero á la vez 33 1/3 de 600 millones; por eso he dicho que sobre la base de aquellos 600 millones de pesetas, la producción tiene hoy un aumento de 33 por 100. Esto es, si yo sé un poco de aritmética.

Pues bien, señores, se manifiesta de una manera más clara la crisis en los artículos de primera necesidad, en el trigo; se habla de la competencia extranjera y se reconoce como única causa de esta crisis.

Yo creo, señores, que esta cuestión no pueda considerarse bajo ese sólo aspecto; entran en la formación de este problema una porción de elementos, casi los mismos que ya en su informe sobre la ley agraria decía Jovellanos que existían para dificultar el progreso de la industria nacional. Por ejemplo, el obstáculo que nacia de la gran concentración de la propiedad, representada por la fortuna de los nobles y por las propiedades de la iglesia que les hacía guardar los granos para venderlos en los momentos en que la carestía hacía subir los precios, eso está reemplazado hoy por una oligarquía tanto más temible y tanto más censurable, cuanto que está compuesta de todos los intereses de la usura, concentrados para caer como la langosta sobre las trojes en que el pequeño labrador guarda sus mieses.

Se habla de la competencia extranjera; y á fin de que veáis que este dato no es el único que debe tenerse en cuenta para la resolución del problema, he de leer brevemente los precios medios de nuestros granos en el último año. Según los datos publicados en la Gaceta (datos que serán incompletos, como son incompletos aquí los elementos de la estadística), según esos datos referentes al mes de Octubre, el precio medio del hectólitro de trigo es de 20 pesetas; precio máximo de 30 en Cangas de Onís, y el mínimo de 13'50 pesetas en Montánchez (Extremadura). En Julio, el mínimo fué también en este desgraciado pueblo, y el máximo de 32 pesetas en Castro Urdiales. Ya véis, señores, por este estado, que no es sólo la competencia extranjera la que puede producir depreciación en nuestros tri-

gos porque si la competencia extranjera fuese la única causa de la devaluación, ¿cómo comprenderías que en las cercanías de esos puertos que reciben el trigo extranjero, estuviera más alto que en el interior de la Península? ¿Cómo es posible que a pocas leguas de Gijón ó de Santander, el precio del hectólitro llegue á 30 y 32 pesetas y que en el interior de la provincia de Cáceres sea el de 12 ó 13 pesetas? ¿Es la competencia la causa de esto? Ciertamente que no.

Además, si en España no se publican datos estadísticos y al amparo de esta ignorancia podemos todos decir aquello que mejor nos parezca con la disculpa de hallar la verdad, disimulando, siempre que aproveche al partido á que pertenecemos, en otros países de Europa la estadística es un hecho, y esto sucede en Inglaterra. Pues váis á ver cuáles son allí los precios. Los precios en Inglaterra han bajado desde 54 chelines el *quarter*, antes de 1876, hasta 33 chelines que tiene hoy. Váis á decirme que la reducción de medidas da por consecuencia que el hectólitro de trigo se venda en Inglaterra á 13 pesetas próximamente, al paso que en nuestro país tiene un término medio de 20, y por lo tanto pueden perfectamente sufrir el sobrecargo del flete los trigos ingleses, para venir á inundar nuestros mercados; pero en primer lugar, todos sabéis que Inglaterra, no sólo produce el trigo necesario para su existencia, sino que principalmente, una de las causas que han puesto al borde de la ruina á aquella sociedad, si alguna vez puede estarlo, hallándose tan sólidamente constituida, ha sido la necesidad de tener que solicitar de los mercados extranjeros el trigo que le hacía falta. No es, por tanto, el trigo que venga de aquel país el que puede hacernos competencia.

Pero además, ved el estado de la agricultura, del cultivo, de las gramíneas en Inglaterra, para que os persuadáis de que no es desgracia que á nosotros sólo nos aflija, sino que es el estado general, una de tantas manifestaciones de los sacudimientos por que pasa la humanidad en diversas épocas, y que ya conocemos desde los tiempos bíblicos, donde están representadas por las siete espigas gordas y las siete espigas flacas del sueño de Faraón; una de tantas manifestaciones de esos gemidos, de esos esfuerzos, en virtud de los cuales la humanidad tiene que realizar los fines que la están encomendados. En Inglaterra, el gasto medio de cultivo por acre de tierra (el acre tiene 4.000 metros, y nuestra fanega castellana 6.440, es decir, que el acre es próximamente 1 3/4 fanegas), el gasto medio es de 8 libras, 7 peniques, y el beneficio ocho libras, 2 chelines, 7 peniques; queda, por tanto, una renta por acre de 2 chelines, ó sean 10 reales, que viene á ser unos 14 reales en fanega como beneficio del cultivador. Pero esto es en terrenos privilegiados, porque en algunos condados, en *Lincolnshire*, *Yatshire*, *Norfolk*, los datos tomados de la *Producción agrícola de la Gran Bretaña* en 1866 y del *Quarterly Review* correspondiente á Abril de 1887, son los siguientes: la renta es de una libra 15 chelines; los impuestos 5 chelines; los abonos 2 libras, 12 chelines y 6 peniques; semilla y cultivo 3 libras, 17 chelines, 8 peniques. Estos son los gastos de cultivo por acre de tierra. Los productos con la venta de paja y grano, ascienden sólo á 8 libras y 8 chelines, resultando en total una pérdida de 2 chelines.

En esos terrenos del suelo inglés, la producción del trigo no alcanza á cubrir los gastos de cultivo, sino que significa una pérdida. No es, pues, de allí tampoco de donde debemos temer competencia de ninguna especie.

Los mismos precios existen en los Estados Unidos, pero desde 1876 ha bajado de tal modo el precio del trigo, se ha encontrado tan deficiente para el cultivo de la tierra, que unos 2 millones de acres destinados al cultivo de las gramíneas se han destinado á prados y cultivo de plantas forrajeras.

Dependen en primer término estas crisis de las violentas oscilaciones en la extensión de los terrenos destinados al cultivo de cereales. Desde 1870 á 1880 subieron en los Estados Unidos de 19 millones de acres á 38 millones: en los últimos doce años han aumentado en Australia los campos de gramíneas en 2 millones de acres, y se ha doblado en Bombay la cosecha de trigo. Ya habréis visto en las cifras anteriores que con la misma rapidez con que verificó el incremento, comienza hoy á producirse el descenso.

Pues bien, señores, cuál es la situación del agricultor en España, y no la conside-

reis aisladamente. A primera vista parece que el cultivador no puede tener intereses distintos, no ya de los del propietario, pero ni siquiera del intermediario, y aquí sucede de una manera distinta. Muchos de vosotros sois agricultores, sois también propietarios, y os pregunto: ¿no verdad que el labrador, abrumado con los intereses usurarios de un capital que ha necesitado para la explotación de la tierra, se apresura á llevar al mercado en los momentos de la cosecha sus productos? ¿No habéis notado que la mayor parte de los productos agrícolas se venden en los mercados en los momentos de cosecha? ¿Quién los compra? El consumidor no, por que no compra al por mayor, sino diariamente; los compra el acaparador; ese los guarda, y poniendo una prima sobre el hambre obtiene un 50 ó un 60 por 100 de interés del dinero prestado, más un 15 ó 20 por 100 que le produce el trigo en las paneras hasta que el público lo compra. De suerte que no se sirve el interés del agricultor, sino el de aquellos que no son ni agricultores ni propietarios, aunque se lo llamen. El agricultor siente una necesidad, el prestamista entonces ejerce una acción decisiva sobre él, le anuncia venturas, le infunde esperanzas y entonces, como cordero que sigue al sacrificador al matadero, vienen detrás de los logreros verdaderos agricultores haciendo causa común con aquéllos que les sacrifican.

¿No véis cómo después de pasado un siglo son de provecho todavía aquellas doctrinas de los enciclopedistas del siglo XVIII? ¿No creéis que se pueden agrupar del mismo modo que lo hacía Jovellanos en tres distintos grupos las causas que se oponen al progreso de nuestra agricultura, aun teniendo en cuenta las modificaciones porque ha pasado la legislación española?

Pero, señores, hay otra causa, que es la falta de instrucción del agricultor. No tienen mucho lugar para aprender aquellos á quienes el hambre acosa; no es fácil que reunan en un momento, de improviso, aquellos datos que les interesa conocer no teniendo siquiera noticia de donde ir á buscarlos. No es, pues, extraño que suceda eso, ni es fácil que con leyes se ponga de repente remedio al mal; pero sí puede irse aliviando en el presente y previniéndonos para que en el porvenir no se reproduzca.

Esta es la situación en que se halla nuestra agricultura por efecto de su estado técnico combinado con el estado económico del labrador; porque es evidente que mientras en otros países se gasta un inmenso capital en la producción, mientras se aviva la fuerza productiva de la tierra ya agotada y esquilada en nuestra Europa por medio de máquinas, por medio de abonos, y las operaciones de la cosecha se verifican sustituyendo á los brazos con trilladoras y segadoras mecánicas; mientras en unas partes se tiene capital bastante para ponerlo á interés simplificando al mismo tiempo los gastos de producción, no se puede pretender, porque sería absurdo, que nuestros agricultores, que emplean procedimientos ya verdaderamente atrasados para Columba, puedan competir con ninguna otra industria. De aquí nace el argumento de la desidia é ignorancia de nuestros labradores. No se hace todo lo que se quiere, sino lo que se puede, y ese labrador (ya lo habéis visto, porque todos lo conocéis de cerca), esquilado por el logro y la usura, aguardando el momento de recoger parte de la cosecha para que antes no venga una ejecución del usurero á venderle hasta los aperos de labranza, ese labrador gracias que tenga para el resto del año algo con que dar pan á sus hijos, y es natural que no pueda introducir grandes mejoras en el cultivo.

¿Para quién, pues, resultaría el provecho en el aumento del precio del pan? Ya he demostrado que no sería para el productor, que no sería para la mayor parte de nuestros pequeños propietarios castellanos, cuyos medios son tan escasos, que hay algunos que ni siquiera pueden disponer de una yunta para labrar la tierra, dándose el caso de ver un ser humano tirando del arado, unido á una burra, como se ve alguna vez en los campos de Castilla; no hay exageración de ninguna clase.

Pues bien; si resulta que este beneficio no sería para los productores del fruto; si tampoco podía ser esta ventaja para el consumidor, puesto que al fin y al cabo habría de pagar más caro el pan, esto no constituye más que una verdadera usura; siendo esto así, y meditado maduramente el asunto, ¿creéis, señores senadores, resolver la cuestión para la patria con subir los dere-

chos del arancel, á fin de que únicamente obtengan un beneficio esas clases intermedias? ¿No pensáis, señores, que lo que hoy constituye una falta de producción, lo que hoy significa un pequeño malestar, que por fortuna no se ha presentado en nuestro país con los negros caracteres de una cuestión de subsistencias, que más tarde engendraría una cuestión social; no pensáis, señores, que al resolver esa dificultad, sin resolverla, originaríais grandes males; que vendría la cuestión de subsistencias, más tarde el hambre y después la cuestión social? De ahí, señores, que aquéllos que defienden, como el partido conservador, pre-ocupado de un interés de momento, que acaso sea político (y quisiera equivocarme); los que defendéis eso engendráis ideas que pueden ser origen de desdichas y de verdaderas calamidades para la patria, si por ventura triunfaran sus opiniones y sus programas de gobierno.

Además, si aumentáis el precio del pan, ¿no es cierto que aumentaréis, como consecuencia, si son verdad las leyes económicas, todos los precios de las demás cosas necesarias á la vida? Algunos de vosotros habéis combatido exigencias exageradas de industriales españoles. ¿Con qué derecho os habréis de negar á pagar más cara la ropa de vestir, á elevar los aranceles de modo que aquí, al paso que el pan es una golosina, sea algo más que un artículo de lujo el cubrir las carnes del pueblo? ¿Cómo podréis negaros á que los industriales pidan también como compensación la elevación de los aranceles, puesto que el jornal ha de subir como consecuencia del mayor precio de los artículos de primera necesidad? ¿Con qué derecho, vosotros que pedís el provecho de unos cuantos intereses representados por quienes os he dicho, habéis de negar al obrero de Barcelona que coma el pan barato? ¿No habéis reclamado muchas veces contra la exigencia de que los productos industriales que de aquellas provincias españolas vienen, se paguen de tal modo que tributemos en aras del interés particular y en perjuicio de los intereses generales?

Y ahora, ¿queréis que en presencia de las necesidades no sentidas, sino supuestas de unas cuantas personas, y si sentidas, por lo menos representada, no bajo su verdadero aspecto, sino por un efecto de óptica, bajo otra forma, vengamos á hacer tributarias á otras provincias españolas donde pueden venir trigos más baratos, mejorar la vida y con ello dar fuerza y desarrollo á los cultivos más propios de aquellos climas?

No quiero, señores, porque mellevaría muy lejos; ocuparme de lo que se refiere á otras industrias, por ejemplo, á la naviera. ¿Cómo hemos de pasar, sin embargo, en silencio aquella afirmación del Sr. Bosch, cuando se lamentaba de que nuestros buques se pudieran en los astilleros y en los puertos? Pero, ¿por qué se pudren? ¿Es que los marinos españoles no son reconocidos como los primeros marinos del mundo? ¿Es que su historia y su arrojo no demuestra que han llegado á los más remotos confines á donde cualquiera otro pueda llegar? ¡Ah, señores! ¿En qué estado nos encontramos nosotros respecto á arquitectura naval? Comparad un barco mercante inglés con un barco mercante español; ved su desplazamiento, su peso y la manera de estivarlo: entonces comprenderéis que no es fácil que compita un barco en tales condiciones construido, con un barco construido en las condiciones que requiere el arte de la arquitectura naval moderna; del mismo modo que sería inútil pretender que pudiera luchar una diligencia con un ferrocarril, si quiera ese ferrocarril fuera de esas galeras aceleradas que atraviesan nuestra Península. ¿Queréis hacer algo por la marina mercante? Pues elevad los precios, elevad el arancel.

¿Y que pasará entonces? Que cambiaremos menos que hoy cambiamos, y como el comercio marítimo necesita para su liquidación tener en cuenta dos elementos de ingreso, el flete de ida y el flete de retorno, es claro que si nuestra marina mercante ya hoy yace en cierta postración porque no tiene flete de retorno, á medida que nuestros aranceles aumenten y disminuyan nuestras comunicaciones y cambios con otros países, los fletes de retorno bajarán, y contra esta diferencia en las corrientes del comercio no habrá derecho diferencial, por grande que sea, que pueda remediar el mal.

Señores, al comenzar mi discurso hice notar la deficiencia que advertía en el del

Sr. Mena y Zorrilla, respecto á algunos puntos de que el Mensaje se ocupa; y debo ahora, bien pensado, felicitarle de que S. S. no los haya tocado. Me felicito, no porque no hubiera yo tenido gran placer en escucharle y hasta ocasión de aprender algo y bueno del Sr. Mena y Zorrilla, sino porque esto me hubiera llevado á mí más allá de lo que me permiten la hora, la conveniencia, la oportunidad y la consideración que debo á un cansancio que la cortesía puede disimular, pero á cuyo través veo claramente que se refleja en vuestro rostro, cosa que no me sorprende, porque también yo lo experimento. Esto me autoriza á dar por terminado mi discurso.

Pero antes de terminarlo, sin que yo pretenda aquí hacer un resumen, tengo, sin embargo, que acabar por lo que, en mi concepto, significan la definición, la fórmula, la síntesis del discurso del Sr. Mena y Zorrilla. Su señoría, en nombre del partido conservador, se dirige á las altas prerrogativas, á la opinión pública y al partido liberal con esta demanda, la cual no habríamos de admitir y á la cual oponemos por el pronto un artículo de previo y especial pronunciamiento: «venga el poder; nosotros los ocupábamos hace dos años. Es verdad que si no vuestra impotencia, que esta declaración es siempre dura, la desgracia y las circunstancias os imposibilitaron de continuar ejerciéndolo y el patriotismo os dictó una retirada, y con ella un consejo para que otros vinieran á cumplir la misión para la cual era ya estéril vuestro esfuerzo.»

«Este partido que ha ocupado el poder, no ha podido realizar las reformas ofrecidas en la oposición; es verdad que se ha diferenciado de los otros en cuanto á los procedimientos de gobierno; pero ¿qué importa? Al volver nosotros volverán nuestros procedimientos, presto que los procedimientos habrán permanecido los mismos. Todo esto entendemos nosotros que el partido liberal lo ha hecho, no por patriotismo, no por interés público, sino por guardarnos á nosotros, por conservar en sus manos el depósito sagrado que os entregamos hasta que se nos devolviera, y como verdaderos dueños y propietarios que somos lo reclamamos.

Eramos centinelas en puesto de peligro y en un sitio avanzado. Nos asaltaba la preocupación de grandes peligros, pero estos no se habían presentado aun. Alguien se brindó á reemplazarlos en aquel puesto de peligro y con desdén se les decía: «aparta, tú no puedes ocuparlo, porque serías un nuevo peligro». La lucha empieza, el peligro arrecia, y entonces aquél á quien se desdén es llamado y se le dice: «ocupa el puesto, desfiéndelo, yo me retiro». El peligro pasa, la victoria se obtiene y entonces dice aquél que se retiró: «aquí estoy yo, vengo á recoger otra vez el Poder.»

Esta es, señores senadores, si yo he acertado á decirlo bien en castellano, la más clara expresión del pensamiento y de la demanda formulada hoy por el partido conservador.

Pues esto, señores, no puede ser, porque hay una moral universal que á tales cosas se opone; porque si es verdad y todos lo creemos (yo al menos lo creo), lo que dijo el ilustre jefe del partido conservador, que á nueva monarquía hace falta política nueva, es evidente que hace falta aquí una política liberal que no se ha realizado.

Y de tal modo se impone esa ley en el orden moral é histórico, que si por ventura todos nosotros fuéramos impotentes para realizar las necesidades que este país siente y las promesas hechas en nuestro programa, no por eso vendríais al Poder, porque mientras alguien hubiese que profesara tales ideas, él las recogería ciertamente, puesto que sería un verdadero peligro para la patria y para las instituciones el seguir los derroteros de las impetencias del partido conservador, de que buena muestra nos ha dado el Sr. Mena.

He terminado, señores senadores, y me siento, porque bueno es que yo concluya con mi discurso, para no tener que lamentar el haber concluido también con vuestra paciencia.

MADRID
Imp. de LA PUBLICIDAD, Valenzuela, 6
(Junto á la puerta de Alcalá)
1887

